

CAPITULO XXIV.

Que se ha de purgar de las malas inclinaciones.

pertar el deseo de comer la uva; y comiendo la uva, de provocar el apetito á beber el mosto, y el vino.

Los Ciervos hallándose cargados, y repletos del demasiado pasto, se retiran, y esconden en sus guaridas, conociendo serles la gordura tan pesada, que no podrían usar de su veloz curso, si acaso fuesen embestidos. Asi el corazon del hombre, cargándose de estas aficiones inútiles, superfluas, y peligrosas, es cierto que no puede pronta, ligera, y fácilmente correr á su Dios, que es el verdadero punto de la devocion. Los niños pequeños se aficionan, y corren tras las mariposas: cosa que nadie tiene por mala, viendo que son niños; pero es cosa ridícula, y aun lamentable, el ver á hombres ya hechos darse, y aficionarse á cosas tan indignas de madurez, como las cosas que he nombrado; las quales, fuera de su vileza, nos ponen en peligro de desreglarnos, y desordenarnos en su alcance. Por esta razon te digo, querida Filotea, que es necesario purgarte de estas aficiones; que aunque los actos no sean siempre contrarios á la devocion, con todo eso las aficiones le son siempre dañosas.

AUN tenemos, Filotea, ciertas inclinaciones naturales, las quales, por no haber tomado su origen de nuestros pecados particulares, no son propiamente pecados, ni mortales, ni veniales; mas llámanse imperfecciones, y sus actos defectos, y faltas. Por exemplo Santa Paulina, segun recita S. Gerónimo, tenia una grande inclinacion á las tristezas, y melancollas; y en la muerte de sus hijos, y marido fue tanta su tristeza, y sentimiento, que hubo de morir de pena. Esta era imperfeccion, y no pecado, por quanto obraba contra su voluntad. Hay algunos que de su natural son fáciles, otros tardíos, otros duros en recibir las opiniones ajenas, otros inclinados á la indignacion, otros á la cólera; otros al amor; y en suma se hallan muy pocas personas, en las quales no se pueda señalar alguna suerte de imperfecciones. Y aunque estas sean como propias, y naturales á cada una, si es que por el cuidado, y aficion contraria se pueden corregir, y moderar, tambien se podrán desechar, y despedir; y aun es necesario, Filotea, que

que lo hagas. Si se ha hallado el modo de trocar los almendros amargos en almendros dulces, solo con agujerarlos el pie, para que por alli salga el humor; por qué no podemos nosotros hacer salir nuestras inclinaciones perversas, para que así nos mejoremos? No hay natural tan bueno, que no pueda malearse con costumbres viciosas, ni hay tampoco natural tan arisco, y malo, que por la gracia de Dios primera-

mente, y despues por la industria, y diligencia, no pueda domarse, y vencerse. Quiero comenzar, pues, á darte avisos, y proponerte exercicios, por cuyo medio purgarás tu alma de la aficion que á los pecados veniales tienes, de todas aficiones peligrosas, y de las imperfecciones; y así asegurarás de mas en mas tu conciencia de pecado mortal. Dete Dios la gracia para bien practicarlos.



SEGUNDA PARTE

DE LA INTRODUCCION,
la qual contiene diversos avisos para levantar el alma á Dios por la Oracion, y Sacramentos.

CAPITULO PRIMERO.

De la necesidad de la Oracion.

LA Oracion pone nuestro entendimiento en la claridad, y luz divina, y expone nuestra voluntad al calor del amor celeste. No hay cosa que limpie tanto nuestro entendimiento de sus ignorancias, y nuestra voluntad de sus depravadas aficiones, como es el agua de bendiccion, que con su rocío hace reverdecir, y flo-

recer las plantas de nuestros buenos deseos, lava nuestra alma de sus imperfecciones, y mata al corazon la sed de sus pasiones.

2 Mas sobre todo te aconsejo la mental, y cordial, y particularmente la que se hace á la vida, y muerte de nuestro Señor. Mirándole amenudo por medio de la meditacion, toda tu alma se llenará de él; aprenderás de su doctrina, y formarás tus acciones al modelo de las suyas; y pues es la

Luz del mundo, en él, con él, y por él hemos de recibir gracia, y luz. Es el árbol del deseo, á cuya sombra nos debemos alentar, y reffrescar. Es la viva fuente de Jacob, donde hemos de lavar todas nuestras manchas. En fin, los niños, á puro oír las madres, y gorgear con ellas, aprenden á hablar su lengua; y así nosotros, morando con nuestro Salvador por la meditación, y observando sus palabras, sus acciones, y sus aficiones, aprenderemos, median- te su gracia, á hablar, querer, y hacer como él. Esto es bien consideres, Filotea, y créeme, que no podremos ir á Dios Padre, sino por esta puerta: porque de la misma manera que la luna de un espejo no podría detener nuestra vista, si no estuviere por detras cubierta de estafío, ó plomo; así también la divinidad no podría ser bien contemplada de nosotros en este mundo inferior, si no estuviere junta á la sagrada Humanidad del Salvador, cuya vida, y muerte son el objeto mas proporcionado, saludable, regalado, y provechoso de quantos podemos escoger para nuestra meditacion ordinaria. No en valde se llama el Salvador *Pan baxado del Cielo*; porque así como el pan se ha de comer con todas suertes de

víandas, así el Salvador debe ser meditado, considerado, y requerido en todas nuestras oraciones, y acciones. Su vida, y muerte está dispuesta, y distribuida en diversos puntos, (para mejor servir á la meditacion) por diversos Autores. De los que te aconsejo que uses son S. Buenaventura, Belintano, Bruno, Capella, Granada, y Puente.

3. Emplea cada día una hora antes de comer, si pudieres, y esto luego que te levantes, porque entónces tendrás el espíritu menos embarazado, y con mas sosiego, por seguir al reposo de la noche. No emplees tampoco mas de una hora, si tu padre espiritual expresamente no te lo mandare.

4. Si puedes hacer este ejercicio en la Iglesia, y hallas en ella bastante sosiego, te será una cosa fácil, y cómoda; porque ni padre, ni madre, ni muger, ni marido, ni otro alguno te podrá con justa razon estorvar el quedarte una hora en el Templo de Dios; y estando á la sujecion de alguno, por ventura no podrás en tu casa alcanzar esta hora libre.

5. Comienza toda suerte de oraciones (sea mental, sea vocal) por la presencia de Dios; y ten esta regla por sin excepcion, y verás en poco tiempo

quán

quán provechosa vendrá á serte.

6. Si me crees, dirás: el Padre nuestro, el Ave Maria, y el Credo en latín; pero entendiendo las palabras que contienen en tu vulgar; porque diciéndolas en la lengua comun de la Iglesia, puedas también saborear, y gustar del sentido admirable, y regalado de estas santas Oraciones, las cuales se han de decir fixando profundamente tu pensamiento, y excitando tu aficion al sentido de ellas; no dándote de ninguna manera prisa por decir muchas, sino procurando que las que dixeres sean de corazon; porque un solo Pater noster dicho con sentimiento, vale mas que muchos dichos apriesa, y no sentidos.

7. El Rosario es una muy útil manera de rezar, sabiéndole decir como conviene; y para esto tendrás algun librito de los que enseñan á rezarle. También es bueno el decir las Letanias de nuestro Señor, de nuestra Señora, y de los Santos, y todas las otras Oraciones vocales, que estan en el Manual, y Horas aprobadas; y esto se entiende con condicion, que si gozas el don de la oracion mental, la guardes siempre el principal lugar; y esto de suerte, que si despues de ella, ó por los muchos ne-

Tom. II.

gocios, ó por alguna otra razon, no puedes usar de la oracion vocal, no por eso tomes cuidado, contentándote con decir simplemente antes, ú despues de la meditacion, la Oracion Dominical, la Salutation Angélica, y el Symbolo de los Apóstoles.

8. Si haciendo la oracion vocal, sientes tu corazon arrebatado, ó convidado á la oracion interior, ó mental, no huyas el entrar en ella, sino antes procura que tu espíritu execute lo que en esta parte desea, y no se te dé nada de no haber acabado las oraciones vocales, que habias propuesto; porque la mental, que en su lugar harás, es mas agradable á Dios, y mas útil á tu alma; pero entiéndese, haciendo excepcion del Oficio eclesiástico, quando hay obligacion de decirle, porque en este caso, antes se ha de cumplir con lo preciso.

9. Si sucediere pasásete toda la mañana sin este ejercicio sagrado de la mental oracion, ó por los muchos negocios, ó por otra causa (procurando quanto te sea posible no ocupar este tiempo en otra cosa), procurarás reparar esta falta despues de comer en alguna hora la mas apartada de la comida; porque haciendo esto

H 3 des-

después de ella, antes que la digestión esté muy adelantada, te sobrevendría alguna debilidad, la qual interesaria tu salud.

Y si en todo el día no pudieses hacer este ejercicio, repararás esta pérdida multiplicando las oraciones ordinarias, y leyendo en algun libro de devoción, con alguna penitencia, que supla esta falta; y con esto resuelve el enmendarte el día siguiente, y continuar tu ejercicio devoto.

CAPITULO II.

Breve método para la meditación, y en primer lugar de la presencia de Dios. Primer punto de la preparación.

Puede ser, querida Filotea, que no sepas cómo has de hacer la oración mental, porque es una cosa, la qual por nuestra desventura pocas personas saben en esta Era: causa por que te presento un simple, y breve método en este, esperando que por la lectura de diferentes libros, compuestos á este sugeto, y sobre todo por el uso puedas mas seguramente quedar instruida. Primeramente te pongo la preparación, la qual consiste en dos puntos: el primero es

el ponerse en la presencia de Dios; y el segundo, invocar su asistencia. Para ponerte en la presencia de Dios te propongo quatro principales medios, de los quales te podrás servir en este principio.

El primero consiste en una viva, y atenta aprehension de la verdadera presencia de Dios; esto es, que Dios está en todo, y por todo, y que no hay lugar, ni cosa en este mundo, donde no esté con una verdadera presencia; y así como los pájaros, donde quiera que vuelan, hallan siempre el ayre; así nosotros, donde quiera que vamos, ó estemos, siempre hallamos á nuestro Dios presente. Qualquiera sabe esta verdad; mas no qualquiera la aprende con atencion. Los ciegos, no viendo un Príncipe que tengan presente, no dexan de tenerle respeto, siendo advertidos de su presencia; pero á decir verdad, como no le ven, fácilmente se olvidan que esté presente, y olvidados, con mas facilidad le pierden el respeto, y reverencia. Ay de mí, Filotea! nosotros no vemos á Dios, aunque le tenemos presente; y aunque la Fé nos advierte de su presencia, como no le vemos con nuestros ojos, fácilmente nos olvidamos, y entónces hacemos

como, si Dios estuviese, bien lejos, de nosotros.

Porque aunque sabemos bien que está presente á todas las cosas, como no lo pensamos como debíamos, es lo mismo que, si no lo supiésemos. Por esto debemos siempre antes de la oracion provocar nuestra alma á un atento pensamiento, y consideracion de esta presencia de Dios. Esta fue la aprehension de David, quando decia: *Si subo al Cielo, allí, Dios mio, te hallo; si baxo á la tierra, allí tambien te hallo.* Debemos usar tambien de las palabras de Jacob, el qual habiendo visto la escalera sagrada, dixo: *O qué temeroso es este lugar! verdaderamente Dios está aquí, y yo no sabia nada.* Quiere decir que no pensaba en ello, porque quanto á lo demas, no podia ignorar, que Dios estaba en todo, y por todo. Viniedo, pues, á la oracion, ó Filotea, dirás de todo tu corazón, y á tu corazón: O corazón mio! ó mi corazón! Dios está verdaderamente aquí.

El segundo medio de ponerse en esta sagrada presencia, es el pensar que no solamente Dios está en el lugar donde tú estás, sino que particularmente está en tu corazón, y en lo mas íntimo de tu espíritu, al qual vivifica, y anima con su

divina presencia, estando allí como corazón de tu corazón, y espíritu de tu espíritu; porque como el alma, estando estendida por todo el cuerpo, se halla presente en todas sus partes, y reside, no obstante esto, en el corazón con una especial residencia; así Dios, estando presente á todas las cosas, asiste especialmente á nuestro espíritu; y por esto llamaba David á Dios, Dios de su corazón; y S. Pablo decia, que nosotros vivimos, nosotros nos movemos, y somos en Dios. En la consideracion de esta verdad incitarás á una gran reverencia á tu corazón para con tu Dios, que íntimamente le está presente.

El tercero medio es considerar en nuestro Salvador, el qual en su Humanidad mira desde el Cielo todas las personas del mundo, y particularmente los Christianos, que son sus hijos, y mas especialmente á los que estan en oracion, de los quales nota las acciones, y consistencia. No es esto, Filotea, una simple imaginacion, sino una verdadera verdad; porque aunque nosotros no le vemos, él desde lo mas alto del Cielo nos considera. Así le vió S. Esteban al tiempo de su martyrio: de manera, que podremos bien decir con la

Esposa: *Vele allí que está detrás de la pared, viendo por las ventanas, ó mirando por las rejas.*

La quarta manera consiste en servirse de la simple imaginacion, representándonos el Salvador en su Sagrada Humanidad, como si estuviere junto á nosotros; así como nos representamos á nuestros amigos, y á veces decimos: Yo imagino ver un tal, que hace tal, y tal cosa, y aun me parece que le veo; ó cosa semejante. Mas si el Santo Sacramento del Altar estuviere presente, entónces esta presencia seria real, y no puramente imaginada; porque las especies, y apariencia del pan, seria como una vidriera, detras de la qual nuestro Señor, estando realmente presente, nos ve, y considera, aunque nosotros no le vemos en su propia forma. Usarás, pues, Filotea, de uno de estos quatro medios para poner el alma en la presencia de Dios antes de la oracion, no empleándolos todos juntos, sino uno cada vez, y esto brevemente y simplemente.

CAPITULO III.

De la invocacion. Segundo punto de la preparacion.

LA invocacion se hace de esta manera: Sintiéndonse tu

alma ya en la presencia de Dios, se postrará con una extrema reverencia, conociéndose indignísima de hallarse delante de tan Soberana Magstad; pero sabiendo que esta misma Bondad lo quiere, le pedirá gracia para bien servirla, y adorarla en esta meditacion. Y si quieres, bien podrás usar de algunas palabras breves, y fervorosas, como estas de David: *No me desechéis, Señor, ó Dios mio! de la presencia de vuestra cara, y no me neguéis el favor de vuestro Santo Espíritu. Aclarad vuestra cara sobre vuestra hija, y considerará vuestras maravillas. Dadme entendimiento, y miraré vuestra Ley, y la guardaré con todo mi corazon. Yo soy vuestra sierva: dadme el espíritu; y tales palabras semejantes á estas. Serviráte tambien de juntar la invocacion de tu buen Angel, y de las sagradas personas que se hallaron al mysterio que tú meditas; como en el de la muerte de nuestro Señor podrás invocar á nuestra Señora, S. Juan, la Magdalena, el buen Ladrón, para que los sentimientos, y movimientos interiores, que recibieron, te sean comunicados; y en la meditacion de tu muerte podrás invocar tu buen Angel, el qual se hallará presen-*

te

te para inspirarte las consideraciones convenientes; y así harás en los otros mysterios.

CAPITULO IV.

De la proposicion del mysterio.

Tercero punto de la preparacion.

Despues de estos dos puntos ordinarios de la meditacion, hay otro tercero, que no es comun á toda suerte de meditaciones: este es el que los unos llaman fábrica de lugar, y los otros leccion inferior; y no es otra cosa sino proponer á la imaginacion el cuerpo del mysterio, que se quiere meditar, como si real, y verdaderamente le tuviésemos en nuestra presencia. Por exemplo, si quisieses meditar á nuestro Señor en la Cruz, imaginarás estar en el Monte Calvario, y que ves todo lo que se hizo, y dixo el día de la Pasion; ó si quieres (porque todo es uno), imaginarás que en el mismo lugar donde están crucificados á nuestro Señor de la manera que los Evangelistas lo escriben. Lo mismo te digo quando meditares la muerte, así como ya he dicho en su meditacion, como tambien en la del infierno, y en todos los otros mysterios semejantes, donde se trata de cosas visi-

bles, y sensibles; porque quanto á los otros mysterios de la grandeza de Dios, de la excelencia de las virtudes, del fin para que somos criados, las quales todas son cosas invisibles, no es necesario servirse de esta suerte de imaginacion. Verdad es, que se puede emplear alguna similitud, y comparacion para ayudar á la consideracion; mas aun esto es en alguna manera difícil, y no quiero tratar contigo, sino muy simplemente, y de suerte que tu espíritu no se trabaje demasiado con tantas imaginaciones. Por medio de esta imaginacion encerramos nuestro espíritu en el mysterio que queremos meditar, para que no ande corriendo á diversas partes, ni mas, ni menos como quando encierran un pájaro en una jaula, ó como quando atan el alcon á las piguelas, porque haga asiento en el puño. Algunos te dirán (no obstante esto) que es mejor usar del simple pensamiento de la Fé, y de una simple aprehension mental, y espiritual en la representacion de estos mysterios; ó bien considerar, que estas cosas se hacen en tu propio espíritu; mas todo esto es demasiado sutil para el principio; y hasta que Dios te levante mas alto, yo te aconsejo, Filotea, te deten-

gas

gas en este primer escalon que te muestro.

CAPITULO V.

De las consideraciones. Segunda parte de la meditacion.

Despues de la accion de la imaginacion se sigue la accion del entendimiento, la qual llamamos meditacion; y no es otra cosa sino una, ó muchas consideraciones hechas para levantar el corazon á Dios, y á las cosas divinas, en lo qual se diferencia la meditacion del estudio, y de otros pensamientos, y consideraciones, los quales no se usan para adquirir la virtud, ó el amor de Dios, sino por otro algun fin, y intencion; como para hacerse docto, para escribir, ó disputar. Habiendo, pues, encerrado tu espíritu, como he dicho, en lo encerrado del sugeto que quieres meditar, ó por la imaginacion, si el sugeto es sensible, ó por la simple proposicion, si es insensible; comenzarás á hacer sobre él consideraciones, para lo qual hallarás exemplos formados en las meditaciones que ya te he dado. Y si tu espíritu halla bastante gusto, luz, y fruto en alguna de las consideraciones, detendrás en ella, sin

pasar adelante, haciendo como las abejas, que no dexan la flor hasta que hallan la sabrosa miel. Mas si no hallas el fruto que deseabas en la una de las consideraciones, despues que hayas detenidote un poco en ella, pasarás á otra, yéndote poco á poco, y simplemente en esta obra, sin afligirte, ni congojarte.

CAPITULO VI.

De las aficiones, y resoluciones. Tercera parte de la meditacion.

La meditacion causa buenos movimientos en la voluntad, y parte afectiva de nuestra alma, como son el amor de Dios, y del próximo; el deseo del Paraíso, y de la Gloria: el zelo de la salud de las almas: la imitacion de la vida de nuestro Señor: la compasion, la admiracion, la alegria, el temor de la desgracia de Dios, del Juicio, y del infierno: la confianza en la Bondad, y Misericordia de Dios: la confusion para con nuestra vida pasada; y en estos deseos, y aficiones nuestro espíritu se debe estender, y deramar lo mas que sea posible; y si quieres hallar ayuda para esto, lee el primer tomo de las Meditaciones de D. Andres de

CAPITULO VII.

De la conclusion, y ramillete espiritual.

de Capilla, y ve su Prefacion, porque en él muestra el modo de dilatar estas aficiones, y deseos; aunque mas ampliamente lo hallarás en el Padre Arias en el tratado de la Oracion.

No por esto, Filotea, has de detenerte tanto en estas aficiones generales, que no las conviertas en resoluciones especiales, y particulares, para tu correccion, y enmienda. Por exemplo: la primera palabra que nuestro Señor dixo en la Cruz causará sin duda una buena aficion de imitacion en tu alma; es á saber, el deseo de perdonar tus enemigos, y amarlos. Digote, pues, que aun esto es muy poco, si no juntas una resolucion especial en esta forma. Ahora propongo, y digo, que no me picaré mas de tales palabras enojosas, que un vecino, ó vecina, mi doméstico, ó doméstica dicen de mí, ni de tal menosprecio que me hacen algunas personas; antes diré, y haré tal, y tal cosa para apaciguarlos, y atáerlos, y por el consiguiente en los demas. Por este medio, Filotea, corregirás tus faltas en poco tiempo: cosa que por la sola aficion, sin resolucion, no podrás, sino tarde, y con dificultad.

Hase de concluir la meditacion por tres acciones, las quales deben hacerse con la mayor humildad que sea posible: la primera es la accion de las gracias, dándoselas á Dios de las buenas aficiones, y resoluciones que nos ha dado, y de su bondad, y misericordia; la qual hemos descubierto en el mysterio de la meditacion. La segunda es la accion, y ofrenda, por la qual ofrecemos á Dios su misma bondad, y misericordia, la muerte, la sangre, las virtudes de su Hijo, y juntamente con ellas nuestras aficiones, y resoluciones.

La tercera accion es aquella de la suplicacion, por la qual pedimos á Dios nos comunique las gracias, y virtudes de su Hijo, y de la bendicion á nuestras aficiones, y resoluciones, para que así las podamos executar fielmente. Despues de esto rogamus á Dios por la Iglesia, por nuestros Prelados, parientes, amigos, y otros, poniendo para esto la intercesion de nuestra Señora, de los Angeles, y de los Santos, diciéndo á la fin el *Pater noster*, y el *Ave Maria*, que es la gene-

neral, y necesaria Oracion de todos los Fieles.

Despues de todo esto me ha parecido que será bien coger un ramillete de devocion; quiero decir, lo siguiente: Los que se han paseado en un hermoso jardin, no salen de él de buena gana sin coger quatro, ó cinco flores, en cuyo olor hallan todo aquel día regalos. Así nuestro espíritu, habiendo discurrido sobre algun mysterio por la meditacion, debe escoger uno, dos, ó tres puntos, que hayan quadrado mas á nuestro entendimiento, para que estos queden en nuestra memoria todo aquel día, gozando espiritualmente de su suave olor. Esto se hace en el mismo lugar donde hemos meditado, entreteniéndonos, ó paseándonos con soledad algun tiempo despues.

CAPITULO VIII.

Algunos avisos muy provechosos sobre el sugeto de la meditacion.

Sobre todo es menester, Filotea, que al salir de la meditacion tengas en la memoria las resoluciones, y deliberaciones que habrás tomado, para practicarlas cuidadosamente en aquel día. Este es el mayor fruto de la medita-

cion, sin el qual es muchas veces, no solo inútil, pero dañosa; porque las virtudes meditadas, y no practicadas, hinchán, y desvanecen á veces el espíritu, y ánimo, pareciéndonos que somos ya los mismos que habemos resuelto, y deliberado de ser: lo qual es sin duda verdadero, siendo las resoluciones vivas, y sólidas; pero no son tales, sino antes vanas, y peligrosas, no siendo practicadas. Menester es, pues, de todas maneras procurar practicarlas; y para esto buscar las ocasiones grandes, ó pequeñas. Por exemplo: Si yo he propuesto de atraer por amor el espíritu de los que me han ofendido, procuraré este día encontrarlos, ó por lo menos decir bien de ellos, y rogar por ellos á Dios.

Al salir de esta oracion cordial, tendrás cuenta de no inquietar tu corazon, porque sería perder el bálsamo que has recibido por medio de la oracion; esto es, que has de guardar, si te fuere posible, un poco de silencio, y rumiár poco á poco en tu corazon el pasado exercicio, teniendo en la memoria, el mas tiempo que puedas, el sentimiento, y las aficiones que hubieres recibido. Un hombre que recibiese en un vaso de hermosa

por-

porcelana algun licor de gran precio, para llevarle á su casa, este tal iría poco á poco, no echando la vista á ninguna parte, sino delante de sí, temiendo deslizar en alguna piedra, ó dar algun paso falso, mirando siempre lo que lleva, de miedo no se derrame. Lo mismo debes hacer tú al salir de la meditacion. No te distraigas luego, sino mira simplemente tu camino; pero si encuentras alguno á quien estés obligado de oír, ó entretener, no hay remedio: entónces es menester acomodarse al caso; pero de suerte que mires tambien tu corazon, porque del licor de la santa oracion no se derrame sino lo menos que sea posible.

Tambien es menester acostumbarte á usar de la oracion en todas suertes de acciones que tu vocacion, ó profesion, justa, y legítimamente requieren, como el Abogado abogando, el Mercader en su trato, la muger casada en la obligacion de su matrimonio, y casería de su casa; y esto con tanta suavidad, y tranquilidad, que no por eso se turbe el espíritu; que pues lo uno, y lo otro es segun la voluntad de Dios, hase de hacer tambien paso de lo uno á lo otro en espíritu de humildad, y devocion.

Sabrás tambien, que te sucederá algunas veces, luego que hayas hecho la preparacion, moverse toda tu aficion en Dios. Entónces, Filotea, menester es dexarla la brida, sin querer seguir el método que te he dado. Porque aunque es verdad que ordinariamente la consideracion debe preceder á la aficion, y resolucion, como el Espíritu Santo te dé antes la aficion, que la consideracion, no debes buscar la consideracion, viendo que esta no se hace sino para mover la aficion. En fin, siempre que las aficiones se te representaren, has de recibirlas, y hacerlas lugar, sea que lleguen antes, ó despues de las consideraciones. Y aunque yo haya puesto las aficiones despues de todas las consideraciones, no lo he hecho sino para mejor distinguir las partes de la oracion, porque en lo demas es una regla general, que jamas se han de detener las aficiones; antes se les ha de dar lugar á que salgan quando se nos presentan. Y esto que digo, no solo se entiende por las otras aficiones, sino tambien por la accion de las gracias, el ofrecimiento, y rogativa, que se pueden hacer por medio de las consideraciones, dándolas tambien lugar

gar como á las otras aficiones. Bien es verdad, que para la conclusion de la meditacion es menester mencionarlás, y repetirlas; mas quanto á las resoluciones, es menester hacerlas despues de las aficiones, y al fin de toda la meditacion, y antes de la conclusion; por quanto habiéndonos estas de representar objetos particulares, y familiares, si las hiciésemos en medio de las aficiones, nos pondrian en peligro de distraernos, y divertirnos.

En medio de las aficiones, y resoluciones es bueno el usar de coloquio, y hablar ya con nuestro Señor, ya con los Angeles, y con las demas personas representadas en el tal mysterio: con los Santos, consigo mismo, con su corazon, con los pecadores, y aun tambien con las criaturas insensibles, como se ve que David hace en sus Psalmos, y los otros Santos en sus meditaciones, y oraciones.

CAPITULO IX.

Para los desabrimentos que suceden en la meditacion.

SI te sucede, Filotea, sentir desabrimento, y desconsuelo en la meditacion, ruegote no te inquietes, sino que antes abras la puerta á las pa-

labras vocales, lamentándote tú misma de tí misma á tu Dios. Confiesa tu indignidad, ruegale que te ayude, besa su imagen, si la tuvieres presente, y dile estas palabras de Jacob: *No te dexaré, Señor, hasta que me des tu bendición; ó aquellas de la Cananea: Si, Señor, yo soy una perra; mas los perros comen de las migajas de la mesa de su Señor.*

Otras veces toma un libro, y léele con atencion, hasta que despierte tu espíritu, y vuelva en sí: hiere alguna vez tu corazon con algun movimiento de devocion exterior, humillándote en tierra, cruzando las manos sobre el pecho, abrazando un Crucifixo (entiéndese esto si estas en algun lugar retirado). Y si despues de todo lo dicho no hallares consuelo, por grande que sea el desabrimento, no por eso te desasosiegue, sino antes continúa en tener una humildad devota delante de tu Dios. Quántos Cortesanos hay, que van cien veces á la Cámara de su Príncipe, sin esperanza de hablarle, sino solamente para mostrar que cumplen con sus obligaciones! Así debemos nosotros venir, mi querida Filotea, á la santa oracion, pura, y simplemente, para cumplir con nuestra obligacion, y atestiguar

gnar nuestra fidelidad; que si es servida la Divina Magestad de hablarnos, y entretenerse con nosotros por sus santas inspiraciones, y consuelos interiores, serános sin duda una gran honra, y un placer muy regalado. Pero si no es servido de hacernos esta gracia, dexándonos allí sin hablarnos, como si no nos viera, ni estuviésemos en su presencia, no por eso debemos salirnos, sino antes quedarnos delante de esta soberana Bondad con un semblante devoto, y apacible, y así infaliblemente le agradará nuestra paciencia, y notará nuestra continuacion, y perseverancia, y otra vez quando volviéremos á su presencia, nos favorecerá, y se entretendrá con nosotros por medio de sus consolaciones, haciéndonos ver la amenidad de la santa oracion. Y quando no hiciese esto, contentémonos (Filotea) con que nos es una honra en extremo grande el estar cerca de él, y á su vista.

CAPITULO X.

Ejercicios para la mañana.

Fuera de esta oracion mental entera, y formada, y las otras oraciones vocales que estás obligado á hacer cada día, hay otras cinco suertes

de oraciones, que sirven como de adelantamiento, y ayuda á la otra grande oracion. Entre las quales la primera es la que se hace á la mañana, como una preparacion general para todas las horas del día. Haráse, pues, de esta manera.

1 Da gracias, y adora á Dios profundamente por la merced que te ha hecho en conservarte la noche precedente; y si en ella hubieres cometido algun pecado, pídele perdon.

2 Mira que el día presente se te ha dado para que en él puedas ganar el venidero día de la eternidad, y harás un firme propósito de emplear á este fin bien el día.

3 Prevén qué negocios, qué tratos, ó qué ocasiones puedes encontrar en este día para servir á Dios, y qué tentaciones te podrán sobrevenir para ofenderle, ó por cólera, ó por vanidad, ó por otro desconcierto; y con una santa resolucion prepárate para emplear bien los medios que se te ofrecieren para servir á Dios, y adelantar tu devocion. Y al contrario te dispondrás á evitar, combatir, y vencer lo lo que se presentare contra tu salud, y gloria de Dios. Y no basta el hacer esta resolucion, sino que se han de preparar los

los medios para bien executarla. Por exemplo, si yo preveo que he de tratar de algun negocio con alguna persona apasionada, y pronta á la cólera, no solo resolveré no ofenderla, sino antes prepararé palabras blandas para prevenirla, ó la asistencia de alguna persona que la pueda contener. Si preveo que he de visitar un enfermo, dispondré la hora, las consolaciones, y socorro que tengo de darle; y así en lo demas.

4 Hecho esto, humíllate delante de Dios, reconociendo que de tí misma no podrías hacer nada de lo que has deliberado, sea para huir el mal, ó para executar el bien; y como si tuvieses tu corazón en tus manos, ofrécele con todos tus buenos designios á la Divina Magestad, suplicándola le reciba en su proteccion, y le fortifique, para que mejor se aplique á su santo servicio, haciendo esto con tales, ó semejantes palabras interiores. O, Señor! ves aqui este pobre, y miserable corazón, que por tu bondad ha concebido muchos buenos deseos. Ay de mí, que de suyo es muy flaco, y debil para efectuar el bien que desea, si tú, Señor, no le repartes tu celeste bendicion, la qual á este fin te

pido, ó Padre de mansedumbre, por los merecimientos de la Pasion de tu precioso Hijo, á cuyo honor consagro este dia, y lo restante de mi vida! Invoca á nuestra Señora, tu Angel de la Guarda, y los Santos, para que á este fin te ayuden.

Todas estas aficiones espirituales se han de hacer breve, y vivamente, antes de salir del aposento, si fuere posible, para que por medio de este exercicio todo lo que hicieres en el espacio del dia sea participante de la bendicion del Señor. Ruégote, Filotea, no faltes jamas en esto.

CAPITULO XI.

Del exercicio de la noche, y el exámen de la conciencia.

Como antes del comer temporal haces tu comida espiritual por medio de la meditacion, así antes del cenar has de hacer una pequeña cena, ó á lo menos una colacion devota, y espiritual. Procura, pues, algun lugar un poco antes de la hora del cenar, y postrado delante de Dios, recogiendo tu espíritu en Christo crucificado (el qual te le representará por una simple consideracion, y vista interior), vuelve á encender el

fue-

fuego de tu meditacion matutina en tu corazón con vivas aspiraciones, humildades, y muestras amorosas, que harás en honor de este Divino Salvador de tu alma; ó bien repitiendo los puntos en que habrás hallado mas gusto en la meditacion de la mañana, ó bien excitándote á otro sugeto nuevo, segun mejor te pareciere.

Quanto al exámen de la conciencia, que se debe hacer siempre antes de acostarse, qualquiera sabe cómo se ha de practicar.

1 Dase gracias á Dios por habernos guardado en el pasado dia.

2 Exáminase cómo se ha gobernado en todas las horas del dia; y para hacer esto mas fácilmente, se considera dónde, con quién, y en qué ocupaciones se ha estado.

3 Si se halla haber hecho algun bien, danse á Dios las gracias: si al contrario, se ha hecho algun mal con pensamientos, palabras, ó obras, pídesese perdon á su Divina Magestad, con resolucion de confesarse en la primera ocasion, y de enmendarse cuidadosamente.

4 Despues de esto se encomienda á la Providencia Divina el cuerpo, el alma, la

Tom. II.

Iglesia, los parientes, los amigos. Rézase á nuestra Señora, al Angel de la Guarda, y á los Santos, para que nos amparen, y sean nuestros intercesores; y con la bendicion divina se va á gozar del reposo no escusado á esta parte mortal.

Este exercicio no debe jamas olvidarse, así como el de la mañana. Por el de la mañana abres las ventanas de tu alma al Sol de Justicia, y por el de la noche las cierras á las tinieblas del Infierno.

CAPITULO XII.

Del retrete espiritual.

Aquí es, querida Filotea, donde con aficionado deseo debes seguir mi consejo, porque en este artículo consiste uno de los mas seguros medios de tu adelantamiento perpetuo.

Llama á tu espíritu las mas veces que pudieres al dia á la presencia de Dios por uno de los quatro modos que ya te he dicho; y mira lo que hace Dios, y lo que tú haces, verás sus ojos vueltos á tu lado, y perpetuamente fixos en tí con un amor incomparable. Dirás, pues, O Dios mio! por qué no te miro yo siempre, como tú siempre me miras? Por qué piensas, Señor mio, en mí tan amenudo, y por qué pienso yo

I

en

en tí tan pocas veces? Dónde estamos, pues, ó alma mía? Nuestro verdadero lugar es Dios. Dónde, pues, nos hallamos?

Como los pájaros hacen sus nidos sobre los árboles, donde quando han menester hallan su retirada; y los ciervos tienen sus matas, y sus fuertes, en los quales rezelosos se encaminan, y cubren, gozando el fresco de la sombra en Verano; así, Filotea, nuestros corazones deben tomar, y escoger cada día algun puesto, ó sobre el Monte Calvario, ó en las Llagas de nuestro Señor, ó en otro lugar cerca de él, para hacer nuestras retiradas en qualquier suerte de ocasiones, y allí consolarnos, y recrearnos entre los negocios exteriores, estando allí como en un fuerte, de donde se defenderá de las tentaciones. Dichosa será el alma que podrá decir con verdad á nuestro Señor: Tí, Señor, eres mi casa de refugio, mi muralla segura, mi techo contra el agua, y mi sombra contra el calor.

Acuérdate, pues, Filotea, de retirarte muchas veces á la soledad de tu corazón, mientras que corporalmente estás en medio de las conversaciones, y negocios; que esta soledad mental de ninguna manera puede

ser impedida por la muchedumbre de los que tienes presentes, porque estos no están al redor de tu corazón, sino solo de tu cuerpo. Procurarás, pues, que tu corazón solo esté en la presencia de Dios solo. Este era el ejercicio que hacía el Rey David en medio de tantas ocupaciones como tenía, como vemos en mil pasos de sus Psalmos: "O Señor! siempre estoy contigo: yo siempre veo á mi Dios delante de mí: mis ojos he levantado á tí, ó Dios mío, que habitas en el Cielo: mis ojos están siempre en Dios."

También las conversaciones no son de ordinario de tanta importancia, que no se pueda á tiempos retirar el corazón á esta divina soledad.

El padre, y madre de Santa Catalina de Sena, habiéndola quitado todas las comodidades, como lugar, y tiempo para rezar, y meditar, nuestro Señor la inspiró hiciese un interior oratorio en su espíritu, dentro del qual retirándose mentalmente, ejercitaba en medio de los negocios exteriores esta santa, y cordial soledad. Y quando el mundo despues la perseguía, ó tentaba, no por eso recibía ninguna incomodidad; y esto decía que era porque en tales ocasiones se encier-

cer-

cerraba en el camarín interior de su entendimiento, donde se consolaba con su celeste Esposo. Y así desde entónces aconsejaba á sus hijos espirituales hiciesen un aposento en su corazón, donde pudiesen vivir seguros.

Retira, pues, á veces tu espíritu á tu corazón, donde separado de todos los hombres, puedas tratar cordialmente de tu alma con tu Dios, diciendo con David: "Yo he velado, y he sido semejante al Pelicano de la soledad, y me he hecho como el Buho en el domicilio, y como el Pájaro solitario en el texado." Las quales palabras, fuera de su sentido literal (que atestigua como este gran Rey reservaba algunas horas á la soledad en la contemplacion de las cosas espirituales) nos muestran en su sentido mystico tres excellentísimas retiradas, y como tres Ermitas, en las quales podemos ejercer nuestra soledad á la imitacion de nuestro Salvador, el qual en el Monte Calvario fue como el Pelicano de la soledad, que con su sangre da vida á sus polluelos muertos: en su Natividad en un pesebre desierto fue como el Buho en el domicilio, plañendo, y llorando nuestras faltas, y pecados: en el día de su Ascension fue como el Pájaro solitario, retirándose, y volando al Cielo, que es co-

mo techo del mundo; y en todos estos tres lugares podemos hacer nuestras retiradas en medio de la confusion de los negocios. El bienaventurado Elizarío, Conde de Arian en Provenza, habiendo estado mucho tiempo ausente de su devota, y casta Delfina, ella le embió un Correo para que la traxese nuevas ciertas de la salud de su esposo; y él respondió: Yo estoy bueno, mi amada compañía, y si me quisiéreis ver, buscadme en la llaga del lado de nuestro dulce Jesus, porque allí es donde yo habito, y donde vos me hallaréis; y en otra parte será buscarme en vano. Con razon se podia llamar á este Caballero Christiano.

CAPITULO XIII.

De las aspiraciones, oraciones jaculatorias, y buenos pensamientos.

Retírase á Dios por quanto se aspira á él, y aspirase para retirarse; de manera, que la aspiracion en Dios, y la retirada espiritual, se conservan la una á la otra, y entrambas provienen, y nacen de los buenos pensamientos.

Aspira, pues, amenudo en Dios, Filotea, por cortas, pero ardientes salidas de tu corazón: admira su hermosura: invoca su